

VISIÓN PERIFÉRICA



Luís Uría

El enfado de Michael Kohlhaas

A mediados del siglo XVI, un tratante de ganado alemán llamado Michael Kohlhaas se dirigía a Dresde para vender una recua de caballos cuando, al atravesar los territorios de un señor feudal de Sajonia, se encontró inopinadamente con una aduana donde fue víctima de un atropello impensable. Con tanta suerte de pretextos burocráticos, el aristócrata del lugar le obligó a dejar como prenda dos hermosos caballos negros que llevaba al mercado. Cuando, una vez cumplimentados todos los requisitos, regresó a recuperar sus corceles se encontró con que los habían malogrado explotándolos como animales de tiro en el campo. Hombre religioso y ecuaníme, con un profundo sentido de la justicia, Kohlhaas exigió una reparación a los tribunales. Pero todos sus esfuerzos fueron en vano: el noble fue protegido por la casta aristocrática que rodeaba al príncipe elector y el tratante de caballos fue incluso amonestado.

Humillado y furioso, el bueno de Kohlhaas se arrogó el papel de justiciero del pueblo y reunió un pequeño ejército con el que atacó a sangre y fuego el castillo del señor y durante meses se dedicó a arrasar media Sajonia, destruyendo y saqueando todos los pueblos y ciudades donde se había escondido el codicioso noble. Su criminal venganza no cesó hasta que las autoridades aceptaron cursar su demanda judicial y acordaron que tenía derecho a recuperar sus dos animales en perfecto estado y recibir una compensación económica. El tratante de caballos se entregó en Pirna, en las proximidades de Dresde, donde era propietario de una pequeña finca, antes de verse resarcido y de rendir cuentas a su vez ante la justicia imperial en el cadalso...

La historia de Kohlhaas no es verídica, es sólo una ficción, fruto de la prosa magistral de Heinrich von Kleist (1777-1811), uno de los más destacados escritores del romanticismo alemán. Pero su relato sobre la transmutación de Michael

Kohlhaas y su furiosa respuesta contra los abusos del poder establecido evoca de alguna forma la ira que una parte de los electores alemanes, especialmente en Sajonia, expresó el 24 de septiembre al votar como nunca desde el final de la Segunda Guerra Mundial a un partido de extrema derecha: Alternativa para Alemania (AfD, en sus siglas en alemán), que obtuvo el 12,6% de los votos y –después de haberse colado en 13 de los 16 länder– entró

de Angela Merkel (y ya no hablemos de los demás). En el conjunto de Sajonia, el resultado fue menos abultado (el 27%), pero aún con todo fue el único land donde la AfD resultó el partido más votado.

Creado en el 2013 como partido euroescéptico –por no decir directamente eurofobo–, Alternativa para Alemania se ha aupado en cuatro años a la condición de tercera fuerza política con un cóctel tan manido como efectivo integrado por

y menospreciado por las élites políticas, un perjudicado de la globalización que añora los viejos buenos tiempos y muestra unas ganas irreprimibles de dar una patada en señal de protesta. Como los votantes del Brexit. Como los de Trump.

Si Pirna marcó la caída del tratante de caballos Kohlhaas, fue también uno de los escenarios del final de Napoleón I, contra quien –por cierto– luchó Von Kleist, así desde la prensa como en las filas del ejército prusiano.

En el otoño de 1813, el emperador francés, en retirada después del enorme fiasco de la invasión de Rusia, se alojó en Pirna –así lo recuerda una placa en la Marienhaus am Markt– para dirigir desde allí la batalla de Dresde contra la gran coalición integrada por Austria, Prusia y Rusia. Fue la última y desesperada victoria de las tropas napoleónicas antes de verse forzadas a retirarse a Francia y rendirse definitivamente (Napoleón volvería después a intentar recuperar el poder y volvería a ser derrotado en Waterloo, pero esa es otra historia).

El otrora victorioso general Bonaparte, salvador –y verdugo– de la Revolución, quiso construir una Europa unida a la medida francesa. Armado con el código civil, que establecía el fin de los privilegios y la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, creyó –o quiso creer– que los pueblos europeos le recibirían como su liberador frente a las viejas monarquías absolutistas. Sin embargo, el dominio francés –que sangraba a los países dominados con fuertes exacciones fiscales y el reclutamiento obligatorio de miles de jóvenes para integrar la *Grande Armée*– despertó justamente el sentimiento contrario. Hasta el punto de que, como subrayan algunos historiadores, la invasión napoleónica fue el sustrato en el que germinó el nacionalismo alemán (del que Von Kleist fue un destacado exponente). Desde esa perspectiva, la eclosión del movimiento Alternativa para Alemania podría entenderse como el último fruto –venenado– de Napoleón Bonaparte.



Cartel de propaganda de Alternativa para Alemania: “¿Nuevos alemanes? Ya los haremos nosotros mismos”

Sajonia y los länder de la antigua RDA se convierten en la punta de lanza de la extrema derecha alemana

por primera vez en el Bundestag. En el distrito de Pirna, la población a orillas del Elba –cerca de la frontera checa– donde el irascible Kohlhaas acabó sus andanzas, los ultras fueron los más votados, con un 35,5% de los sufragios, diez puntos por encima de la Unión Cristiana Demócrata

equivalentes dosis de nacionalismo, xenofobia e islamofobia. El mejunje ha tenido una efectividad diversa en el conjunto de Alemania, arraigando especialmente en los länder del este, la antigua RDA, donde el sentimiento de ser los hermanos pobres de la gran Alemania reunificada no ha dejado de crecer desde 1990. Que Sajonia sea la punta de lanza no tiene nada de sorprendente si se tiene en cuenta que es aquí donde nació también el movimiento ultraderechista Pegida (Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente), muy activos contra la acogida a los refugiados. El votante tipo de AfD es un hombre airado que se siente olvidado